

La Alfombra Azul

"Son tus pies los que eternamente caminan. El cielo azul es alfombra o es la alfombra como cielo pintado. Tu, caminando por encima de nuestros sesos; más allá de los pensamientos. Entre quimeras..."

Así veían en el pueblo a D. Guillermo. En el salón del Ayuntamiento, cuando los demás concejales hablaban y hablaban, él estaba ausente. Volaba muy por lo alto, en la alfombra mágica de sus mientes...

A veces, le hacían caer blandamente, desde allí arriba, cuando ya seguramente había traspasado el último pináculo de la torre, cuando ya veía el pueblo, blanco, callado, de color cálido y reverberante, quedarse atrás, bajo sus pies, bajo su alfombra azul de cielo, o su cielo de alfombra azul; entonces al caer en el sucio y manso sillón del viejo Ayuntamiento, despertaba con una frase incoherente, sin sentido, en otro idioma

—¡Ya vuela D. Guillermo en su alfombra mágica! (Exclamaba por lo bajo alguno de sus compañeros).

Por las mañanas, cuando todo es

blanco y dorado y caliente, como el sol y como el trigo, que se balancea tembloroso en las espigas, D. Guillermo, negro y enfundado en su traje, raído y deslustrado, andaba por el pueblo. Hacia las afueras. Sin prisa. Calentito, como los panes en el horno de Orencio, el hijo del señor Bartolo. Los vecinos del pueblo lo veían moverse, despacio. La tierra gemía bajo sus zapatos, de suela, polvorientos y sucios.

Todo era tranquilo, sosegado, casi quedo.

De vez en cuando levantaba los ojos, desde el camino hasta el horizonte... y seguía andando.

.....

Cuando llegó el forastero y lo conoció y habló con él, fué el único que subió en su alfombra... Se les veía muchas veces pasear juntos, en animada conversación. Luego... Un día, nadie vió a D. Guillermo. El forastero aún estuvo algunos días más en el pueblo.

Las hoces hacían caer las doradas y repletas espigas. El autor, agrío y salado, se mezclaba con el polvillo;

masticaba; hasta el cansancio.

Por encima del pueblo, claro y muy callado, volaría seguramente la alfombra mágica de D. Guillermo. Si. Necesariamente tenía que ser así. No podría ser de otra forma. Todo era tan denso que aquellas quimeras suyas flotarian y se masticaban y e palpaban, como el calor y como la tarde y como el son de las campanas llamando a visperas...

Pero D. Guillermo no pudo seguir allí. El, monótono, aburrido, pensativo, serio y callado no pudo soportar la aburrida visita de aquel forastero que se decía filósofo y que deseaba la paz... ¡Nada menos que paz en un pueblo tan aburrido!

.....

Las campanas sonaban. La tarde se restregaba los ojos, cansados de tanto mirar. Alguna vieja, muy arropada, cruzaba la calle con el rosario entre los nudos de sus dedos. El azul del cielo, más negro. Y muy lejos, altísimo, tan alto como la sede de los cohetes y de los aviones, caminaría la alfombra azul (pues azules deben ser los pensamientos) de D. Guillermo, por encima de los sesos... pero sola; sin D. Guillermo.

F. MENA, Profesor

Para los que empezamos

¿A qué muchacho que empieza a escribir no se le han agolpado los temas sobre los que comunicar a los demás ideas, afectos e impresiones?

Ha corrido a por pluma y papel y se ha puesto a la tarea. Los párrafos que, fluídos se sucedían en su imaginación, huyen pertinazmente al querer plasmarlos. Idea tras idea pierden fuerza y valor, se esfuman e infantilizan.

Hace un momento le parecía que no habría papel para albergar sus pensamientos y ahora ve el papel inmenso, blanco, incapaz de profanar su satinada superficie.

Y realmente, no habría papel para poder plasmar y dar forma a todos los pensamientos, tendencias, afectos, etc., que pasan por el campo de la conciencia en rabiosa y desordenada sucesión.

No, no es materia lo que le falta al escritor novel; la tiene dentro y fuera de sí. Esta abundancia es, precisamente, la que le desconcierta y le sume en el más completo caos.

Y es que no basta pensar y tener una rica vida interior para ser escritor.

Es la equivocación que comete el

que empieza a escribir sin preparación.

Es la formación, siempre dura, que se pretende eludir alegremente confiando quizá en eso de que el escritor nace y que con esa aptitud innata es suficiente para escribir. Piensan que todo lo demás que hagamos será quitarle frescura y espontaneidad al estilo.

Pero el mundo exterior, que es el



factor del cual se nutre nuestro intelecto no está ahí de tal manera que cada uno coge el trozo que le apetece. Es más, jamás lo podremos coger tal como él es, sino tamizado a través de nuestra subjetividad, que es la que habrá de prestarle su vulgari-

dad o, por el contrario, su calidad artística.

Formémonos y dotemos a nuestro yo de esa calidad de que originariamente carece. Pongámoslo en condiciones de poder admirar y asimilar cualquier producción literaria. Adquiramos una técnica, sin la cual fracasaremos, pues solo el genio se crea, a veces, la zona propia. Y sólo después escribamos, pero con modestia, sabiendo que al principio cualquier producción que salga de nuestra pluma estará rozando casi siempre el engendro literario. Este es el momento difícil, decisivo y necesario. El que no sea escritor morirá ahogado por su natural e inicial fracaso. El que tenga verdadera madera, saldrá purificado intelectualmente de estos primeros embates que serán los que, unidos a posteriores éxitos y fracasos, le dotaran de la necesaria madurez que le permitirá dar a los demás ese manantial inextinguible que todos poseemos y que sólo a algunos cabe la suerte de poder comunicar a sus semejantes. Tratemos de ser nosotros uno de ellos.

J. HERVAS CUARTERO
Antiguo Alumno